

Había una vez una burra en una casa. Como era muy vieja, en la casa decidieron que no servía para nada, y que había que matarla, porque era un estorbo.

Cuando se enteró, la burra decidió huir. Se alejó del caserío por la noche; no sabía a dónde iba, pero al menos salvó su vida. Siguió y siguió y siguió, hasta que al final se encontró con una gata.

– *Hola, Katuko, ¿qué estás haciendo?* –le preguntó la burra Asteme.

– *Hola, Astoko* –le contestó la gata–. *Ay, en la casa en la que vivía no me querían. Decían que gata que no caza ratones, no sirve para nada, y me echaron. Pero a mí lo que me gusta, más que cazar ratones, es leer. ¡No sabes cuántas cosas interesantes vienen en los libros!*

– *Pues sigamos nuestro camino juntas* –dijo Asteme–. *Seguro que encontraremos nuestro lugar en el mundo.*

Y siguieron adelante las dos juntas. Asteme le contó a la gata lo dura e ingrata que era su vida: siempre tenía que hacer los trabajos más duros, y a cambio, no recibía más que palizas. Pero también iba contándole todas las cosas que había aprendido durante su larga vida, además de preciosas historias. Katuko, por su parte, le contaba cosas que había leído en los libros, junto con otras que se inventaba ella. Y así, el camino les parecía mucho más ameno.

Era mediodía cuando vieron a un gallo sobre el pequeño y largo muro de un prado. Les sorprendió mucho que siendo mediodía el gallo no hiciera quiquiriquí. En lugar de eso, cantaba unas canciones bastante peculiares. Cuando se acercaron, vieron que era un gallo realmente hermoso. Tenía plumas de todos los colores, que brillaban a la luz del sol. Estaba cantando y bailando sobre el muro de piedra.

-- *Buenos días, Oilarko* –le dijo Asteme–. *¿Qué estás haciendo?*

– *Hola, amigas* –les contestó el gallo. *Podéis llamarme Oilarqueen. Soy cantante de cabaret, me encanta, y estaba ensayando mis canciones. Pero en mi casa no les gusta nada el cabaret, y decían que gallo que no hace quiquiriquí, no sirve para nada, más que para meterlo a la cazuela, así que me escapé.*

– *Pues vente con nosotras, Oilarqueen. Estamos recorriendo el mundo en busca de nuestro lugar* –le dijo Asteme.

Y las tres se fueron juntas, recorriendo camino tras camino, sendero tras sendero, siempre hacia adelante. Asteme les contaba sus historias; Katuko les hablaba de las cosas extraordinarias que leía en los libros, y Oilarqueen las entretenía con sus cantos y bailes. Cuando tenían hambre, Katuko sacaba una sardina vieja de su morral, y a comer, con lo que las sardinias viejas se convirtieron también en sus compañeras de viaje.

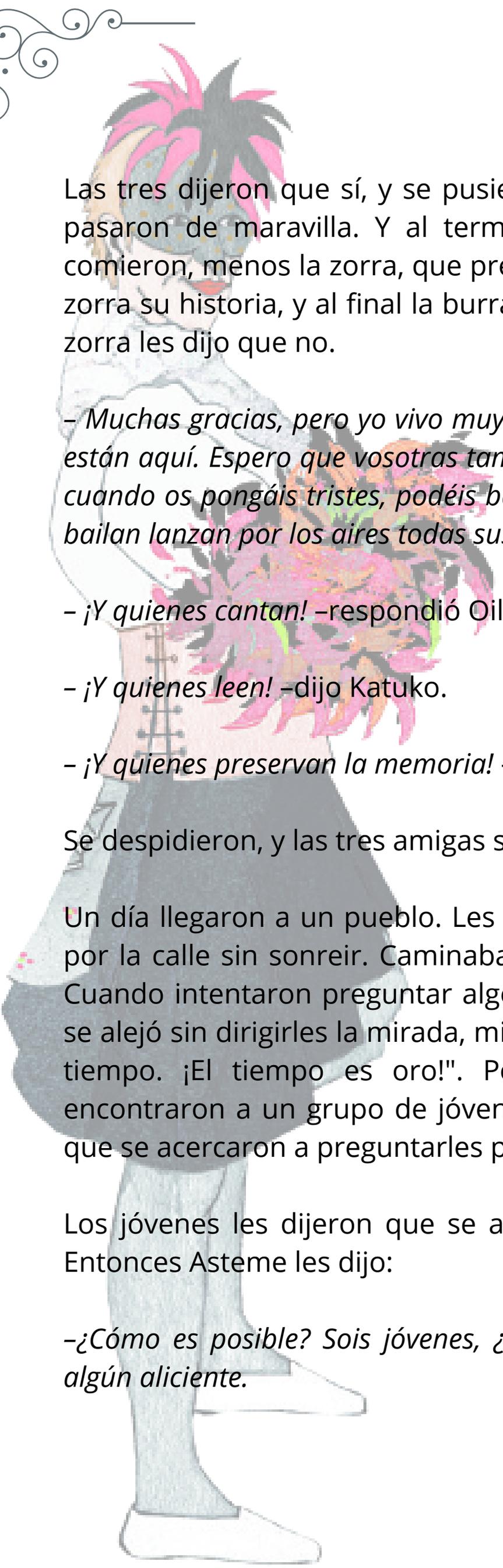
Una vez, se encontraron en un prado a una zorra. Estaba brincando y bailando, así que se le acercaron muy sorprendidas. A Oilarqueen le daba un poco de miedo: a las zorras les encantan los gallos... ¡para comérselos! Pero pensó que si sus amigas estaban con ella, no había nada que temer.

– *Buenos días, Azeriko* –le dijo Asteme–. *¿Qué estás haciendo?*

– *Hola, amigas* –les contestó la zorra–. *Estoy bailando, es un baile que me he inventado yo. Pero bailar sola es muy aburrido. ¿Queréis que os lo enseñe?*

*Mientras tanto, el gallo estaba escondido detrás de la burra. Cuando se dio cuenta, la zorra le dijo:*

– *Tranquila, hace mucho que dejé de comer gallos. Ya sabes, el colesterol y esas cosas. Ahora solo como verduras. Pero, ¿queréis aprender mi baile?*



Las tres dijeron que sí, y se pusieron a bailar allí mismo, en el prado. Se lo pasaron de maravilla. Y al terminar, sacaron la sardina vieja, y todas la comieron, menos la zorra, que prefería comer nueces. Cada una le contó a la zorra su historia, y al final la burra le propuso que se fuera con ellas. Pero la zorra les dijo que no.

*– Muchas gracias, pero yo vivo muy bien en mi bosque. Mis amigas y mis amigos están aquí. Espero que vosotras también encontréis vuestro lugar en el mundo. Y cuando os pongáis tristes, podéis bailar mi baile; os alegrará el camino. Quienes bailan lanzan por los aires todas sus tristezas.*

*– ¡Y quienes cantan! –respondió Oilarqueen.*

*– ¡Y quienes leen! –dijo Katuko.*

*– ¡Y quienes preservan la memoria! –dijo Asteme.*

Se despidieron, y las tres amigas siguieron su camino.

Un día llegaron a un pueblo. Les pareció un pueblo muy triste. La gente iba por la calle sin sonreír. Caminaban a toda prisa y nadie hablaba con nadie. Cuando intentaron preguntar algo a alguien, siguió adelante muy deprisa, y se alejó sin dirigirles la mirada, mientras repetía: "No tengo tiempo, no tengo tiempo. ¡El tiempo es oro!". Por fin, llegaron a una plaza en la que encontraron a un grupo de jóvenes. Les pareció que estaban tristes, por lo que se acercaron a preguntarles por qué estaban tan tristes.

Los jóvenes les dijeron que se aburrían, que no tenían mucho que hacer. Entonces Asteme les dijo:

*–¿Cómo es posible? Sois jóvenes, ¿cómo podéis estar así? Tendréis que buscar algún aliciente.*



*- Sí, claro, eso se dice muy fácil -respondió una de ellas- pero en este pueblo no hay mucho que hacer.*

*- Entonces, ¡haced algo vosotros!-les dijo Katuko-. No esperéis a que alguien organice no sé qué. O lo hacéis vosotras y vosotros, o no lo va a hacer nadie.*

*-Sí, es verdad -dijo otro de los jóvenes-.¿Pero el qué?*

*-¡Cantad y bailad!- les dijo Oilarqueen-.Si queréis, os podemos enseñar un baile muy divertido. Ideal para saltar y brincar, perfecto para alegrar los cuerpos y las almas. ¿Queréis aprenderlo?*

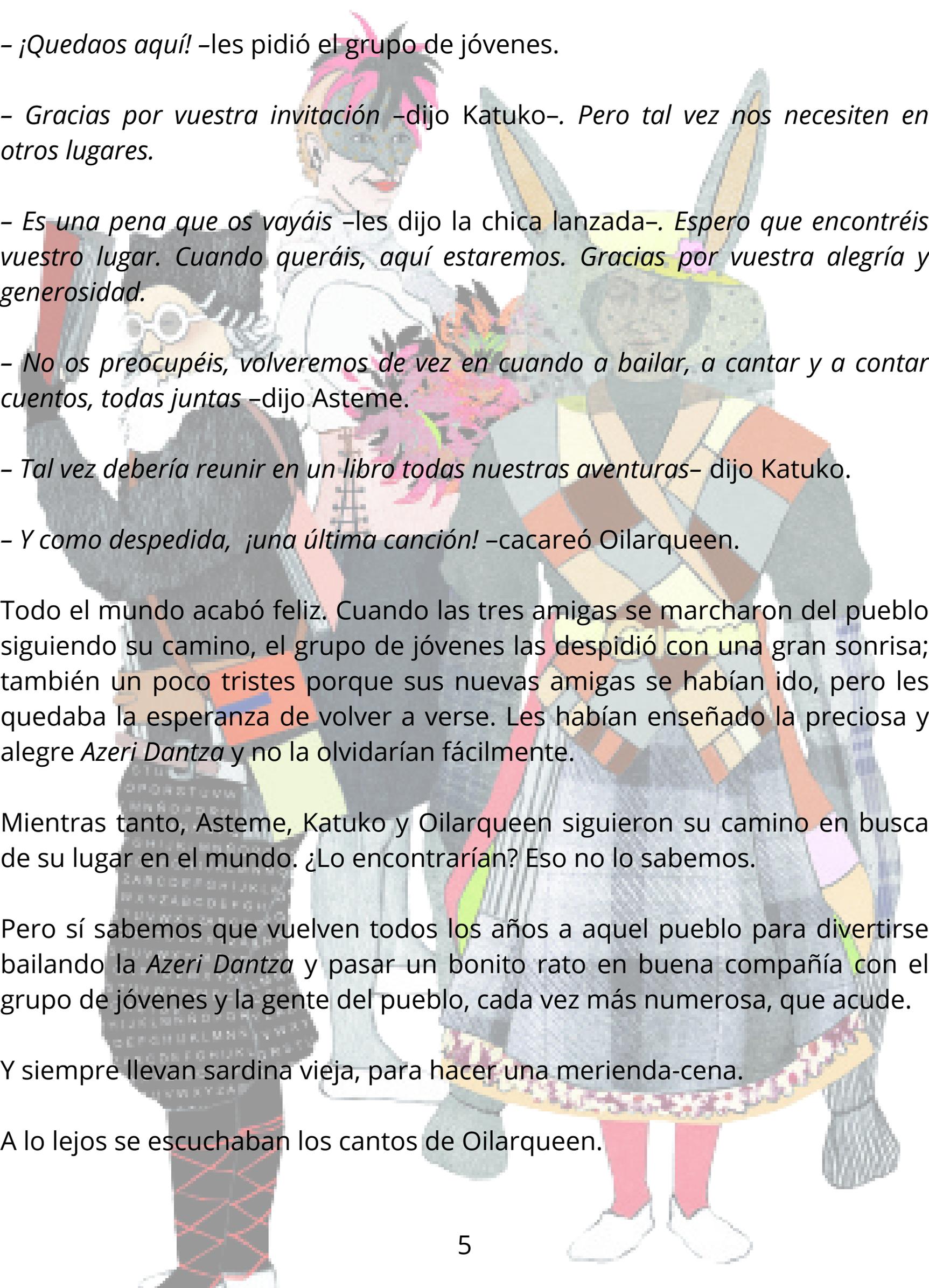
*-Y también os lo podéis pasar en grande leyendo -dijo Katuko.*

*-Y escuchando o contando viejas historias-dijo Asteme.*

*- ¡Muy bien! -dijo una joven lanzada-. Aquí nos estamos oxidando más y más cada día.*

Entonces les enseñaron a bailar la *Azeri Dantz*a, el baile que habían aprendido con la zorra. ¡Menudo ambiente se montó en la plaza! Cuando terminaron, el gato sacó unas sardinas viejas y todo el mundo merendó de maravilla. Después, el gallo les ofreció su hermoso espectáculo de cabaret. Las ocurrencias del gallo les hicieron reirse a carcajadas, y al final, en los rostros de toda aquella gente que había estado tan triste, lucían luminosas sonrisas. Katuko les mostró libros maravillosos, y por último, toda la plaza se quedó fascinada con los cuentos de Asteme.

*- Ahora debemos seguir nuestro camino -dijo Asteme. Lo hemos pasado en grande en vuestra compañía, pero seguimos en busca de nuestro lugar en el mundo.*



- ¡Quedaos aquí! -les pidió el grupo de jóvenes.

- *Gracias por vuestra invitación* -dijo Katuko-. *Pero tal vez nos necesiten en otros lugares.*

- *Es una pena que os vayáis* -les dijo la chica lanzada-. *Espero que encontréis vuestro lugar. Cuando queráis, aquí estaremos. Gracias por vuestra alegría y generosidad.*

- *No os preocupéis, volveremos de vez en cuando a bailar, a cantar y a contar cuentos, todas juntas* -dijo Asteme.

- *Tal vez debería reunir en un libro todas nuestras aventuras*- dijo Katuko.

- *Y como despedida, ¡una última canción!* -cacareó Oilarqueen.

Todo el mundo acabó feliz. Cuando las tres amigas se marcharon del pueblo siguiendo su camino, el grupo de jóvenes las despidió con una gran sonrisa; también un poco tristes porque sus nuevas amigas se habían ido, pero les quedaba la esperanza de volver a verse. Les habían enseñado la preciosa y alegre *Azeri Dantza* y no la olvidarían fácilmente.

Mientras tanto, Asteme, Katuko y Oilarqueen siguieron su camino en busca de su lugar en el mundo. ¿Lo encontrarían? Eso no lo sabemos.

Pero sí sabemos que vuelven todos los años a aquel pueblo para divertirse bailando la *Azeri Dantza* y pasar un bonito rato en buena compañía con el grupo de jóvenes y la gente del pueblo, cada vez más numerosa, que acude.

Y siempre llevan sardina vieja, para hacer una merienda-cena.

A lo lejos se escuchaban los cantos de Oilarqueen.